



SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes; 6 id. trimestre.
Provincias: 7,50 id.
Extranjero y Ultramar: seis meses, 5 pesos fuertes en oro.
Número suelto: una peseta 50 céntimos.

LA ILUSTRACION

DE LOS NIÑOS

OFICINAS

Montera, 53, segundo
MADRID
No se sirve suscripción cuyo pago no se anticipe.
Anuncios y esquelas de defunciones de niños á precios convencionales.
Se publica dos veces al mes.

Año V

DIRECTOR. Don José Robi y Pereda

Núm. 81

SUMARIO

I. La educacion de la mujer. —II. A un arroyo. —III. Amor de madre. —IV. Deus, quis similis erit tibi? —V. Indivinio, el niño saguntino. —VI. El pensamiento. —VII. La pobre mendicante. —VIII. Perdonar las injurias.

LA EDUCACION DE LA MUJER

Lo prometido es deuda, dice el adagio, y nada más cierto. Prometimos en nuestro número anterior completar el pensamiento que nos propusimos desarrollar referente á la importancia y deberes de la mujer en los tiempos actuales, y vamos á cumplir lo ofrecido, pues nada más justo.

Tres aspectos contrarios, si bien íntimamente unidos por esa unidad que dá á la idea la sucesion correlativa de los hechos, ofrece el estudio y relaciones de la mujer en los actuales como en los pasados dias, y segun es natural que ofrezca en los futuros, á saber: hija, esposa y madre.

Aprendedlo bien, apreciables lectoras de LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS, pues no nos mueve otro interés que el de seros útiles con nuestras advertencias y leales con nuestras indicaciones. Somos amantes del hogar doméstico donde se aspira la atmósfera más pura de bondad y cariño, donde creemos que existe el solo carácter de felicidad incomprensible en la tierra.

La mujer hija, apenas si tiene tiempo de enterarse de los deberes propios de tal carácter, y prepararse para el conocimiento de los que ha de contraer el día en que un hombre la llame á su lado.

El respeto á los autores de sus dias, las consideraciones que precisa guardar á todos en las diferentes escalas y jerarquías á que se vea en obligacion de corresponder, aparte de la instruccion propia que ha de adquirir para colocarse dentro de las exigencias de los tiempos, fuerza es que la distraigan y ocupen lo bastante para no pensar en desvíamientos que ni la interesan ni la pertenecen.

La mujer esposa tampoco se halla sobrada de espacio si ha de realizar debida-

mente los compromisos que al pié del altar contrajera para con el compañero elegido, y prepararse al nuevo aspecto de madre.

El seno del hogar tiene tantos secretos, le circundan tantos reveses, le rodean tantas circunstancias, que no son los instantes sobrados para que la mujer aprenda en ellos la mision que la obliga, á salvar unas y á precaver y descubrir los otros.

La mujer madre, siempre tiene escasas las horas para acudir á las atenciones que sus hijos la demandan, y ahí es donde debe sembrar toda la cosecha de sus conocimientos, á fin de que todo siga el rumbo natural que ha de seguirse en situacion semejante.

Si, pues, creemos perfectamente demostrado que la mujer apenas si dispone de espacio para posesionarse de los deberes que los años trascurriendo la imponen, ¿cómo es posible que se la distraiga con otro linaje de preocupaciones, teorías y mecanismos que los naturales y propios á su edad y circunstancias?

Holgáranos muy mucho que la mujer se encontrase á la altura de las exigencias de su mision en esas tres fases que hemos señalado, por lo que en ello ganarían la tranquilidad de su conciencia, su misma ventura, y la ventura y tranquilidad de cuantos la rodeasen.

¿A qué, pues, pensar distribuir estudios especialísimos y fuera de su carácter á la mujer?

¿Tan exento de necesidades y de atenciones se halla el hogar doméstico, recinto sagrado en que únicamente puede y debe vivir la mujer, que la permitan y consientan distraerse en tareas extrañas á su condicion?

Todo en el mundo, y nos conviene insistir en esta afirmacion, tiene señalado su círculo de accion, movimiento y desarrollo. ¿A qué, pues, esforzarse en que se extienda á impulsos del capricho y á pretexto de una educacion superior mal entendida?

No, no; no queremos, y la suposicion sola nos ofenderia, condenar el más alto complemento de la instruccion y educa-

cion de la mujer. No somos refractarios á que ésta se ilustre en todo y en cuanto sea lógico y posible para que comparta con el hombre la honrosa empresa de la investigacion y estudio de aquellos problemas que referentes al mejor estado de sus condiciones se encamine; pero nunca prestaremos ni nuestro consejo ni nuestra pluma, modestos y humildes así como son, una y otro, á cuanto se dirija á sacar la corriente de su curso natural y marcado.

El arte, en sus distintas manifestaciones de música, pintura, literatura y escultura, que constituyen su seccion más bella, comprende lo bastante para que en ella despliegue á sus anchas la mujer su genio, y de ahí, que hasta sea necesario y se aplauda con frenesí, á la artista en el escenario, en el piano ó en el arpa, manejando los pinceles ó moldeando un busto.

Pero de ahí á verla tomando el pulso á un enfermo ó practicando una autopsia, ó defendiendo á un fraticida ó explicando historia natural, ¿no hay distancia?

¿No es llamada la mujer el sexo débil de la creacion? ¿A qué, pues, esa pretension ridícula de trasformarla en sexo fuerte, propio del hombre?

Pudiéramos aducir no pocos testimonios en apoyo de nuestra opinion reproduciendo textos de escritores renombrados de las diferentes escuelas filosóficas que hoy se disputan el imperio, la influencia y el predominio en el mundo de la ciencia; más, renunciamos á tal propósito por no considerarlo así pertinente, y por creer que con lo dicho basta á que nuestras lectoras se aperciban de que sin necesidad de ser licenciadas en jurisprudencia, ni doctoras en medicina y cirugía, ni ingenieras agrónomas, ni arquitectas, etc., etc., aún las resta no poco que andar si han de recorrer con provecho el áspero y espinoso camino de buenas hijas, buenas esposas y buenas madres.

Procuren y se afanen por lo tanto, que más ganarán en ello si lograrlo consiguen, en sembrar de virtudes y cariño este suelo en que la maldad crece á sus anchas, y el descreimiento y el vicio

impiden el desarrollo y la fructificación de la honradez y la moralidad.

Vuelvan sus ojos y dirijan sus miradas, no á las regiones del idealismo irrealizable para ellas, sino á la realidad de lo que demandan las necesidades del hogar doméstico, que nunca mejor en su puesto que la hija al lado de sus padres, la esposa al lado de su esposo y la madre al lado de sus hijos.

Así, al ménos, lo pensamos nosotros, y con la sinceridad que lo pensamos, lo decimos.

JOSÉ NOVI Y PEREDA



A UN ARROYO

COMPOSICION DEDICADA AL NIÑO J. M. D. Y A.

Arroyuelo, que pasando
vas tan cerca de las flores
con susurro alegre y blando,
cual si les fueses contando
alguna historia de amores,

Cuando crezcas, y potente
creciendo vayas á más,
ten, arroyo, muy presente
que no puede tu corriente
volver, aunque quiera, atrás.

Que enturbia un sólo momento
toda una clara existencia,
y hace mejor experiencia
la previsoría advertencia
que el pesaroso escarmiento.

Busca al cruzar por el mundo
algun caudaloso río,
de cuyo cauce profundo
se reparta al valle umbrío
riego abundoso y fecundo.

Y si te pone el destino
áspera valla delante,
ceda á tu esfuerzo arrogante,
aunque el abrirte camino
te cueste lucha incesante.

Porque el agua sacudida,
al ímpetu, con que choca,
se alza luciente y erguida,
cuando rebasa la roca
en su pujante embestida.

Mas si cobarde ó cansada
se rinde, letal veneno,
en vez de savia preciada,
dará á su masa estancada
la podredumbre del cieno.

Si con loco desvarío
por desgracia en tu carrera,
despeñado el albedrío,
convirtiese en saña fiera
lo que fué valiente brío,
¿Qué te valdrá locamente
cubrir campos mal seguros,
y con ímpetu rugiente
arrastrar en tu corriente
árboles, puentes y muros,

Si tú mismo en algun modo
al fin cauce te has de hacer?
Mas ya en él no entrarás todo,
que una parte de tu sér
quedará hecha inmundo lodo.

Moverla querrás en vano,
que entre barrancos y ruinas
habrá hecho el furor insano
de las aguas cristalinas
amarillento pantano.

FERNANDO DE LA VERA É ISLA

AMOR DE MADRE

CUENTO

Nada hay comparable á ese afecto casi sagrado que nace, se desarrolla y nunca muere en el corazón de la mujer, cuando se trata de esos seres que engendró el cariño y que habitan en sus entrañas por espacio de nueve meses.

Hay infinitos ejemplos que prueban esta verdad, y voy á referiros uno para que siempre le tengais presente, á fin de que vuestro cariño y estimación hacia la que os dió el sér aumente de día en día, porque uno de los preceptos del Decálogo, dice: «Honrarás á tu padre y á tu madre.»

En un pueblo de una provincia de España vivía una viuda, Micaela, dedicada con cariñoso afán á la educación de un hijo suyo de ocho años, á quien profesaba un entrañable afecto.

Sus recursos eran cortos para sus ambiciosos deseos; es decir, ella anhelaba para su hijo una posición, si no brillante, desahogada al ménos; quería que siguiera una carrera en vez de dedicarle á los trabajos del campo ó á un oficio.

Para conseguir este resultado, la infeliz gastaba la renta que la producían unas tierras de escaso valor que tenía en aquel término; además trabajaba sin descanso, imponiéndose gustosa las mayores privaciones para que á su hijo nada le faltase, y muchas veces, al estrenar éste un traje, costaba á la pobre madre un ayuno voluntario de algunos meses.

Fernando tuvo desde un principio la desgracia de no comprender nada de esto, ó por lo ménos de serle indiferente.

Educado con cierto regalo, pronto se desarrollaron en él los instintos del lujo y un orgullo desmedido, que le hacía renegar de su humilde cuna y se avergonzaba de ir con su madre á la iglesia ó á paseo, porque llevaba la saya remendada ó los zapatos rotos, sin advertir que á esta circunstancia debía un traje nuevo.

Lejos de agradecer esta amorosa y ciega abnegación, trataba á Micaela con cierta dureza por no haber nacido en clase más elevada, que estuviese más en relación con sus vanidosos instintos.

Ella no se fijaba en esto; su inmenso y acendrado cariño la ocultaba los defectos de su hijo, y se enfadaba con las vecinas porque la decían:

—¡Ese chicuelo te dará muchos disgustos!

Cuando llegó la edad oportuna, le envió á la corte para que siguiese una carrera, para lo cual tuvo que hipotecar lo poco que poseía; además se puso á servir, á fin de atender también con su salario á

los gastos de Fernando, aunque ocultándole esta resolución, pues el orgullo del mozo no hubiera podido tolerar que su madre fuese una criada, y no seguramente por evitarla penalidades sin cuento, sino por el desdoro de su apellido, ignorando que no hay profesión ú oficio honrado, por humilde que sea, que manche á la criatura.

La pobre madre le vió partir deshecha en llanto, como si presintiese su corazón lo que iba á suceder; Fernando, por el contrario, estaba alegre con la idea de ir á la corte; su frase de despedida fué la siguiente:

—Procure Vd. no avergonzarme, y haga de modo que, cuando vuelva, no vea más remiendos en su vestido.

¡Frase cruel que la dureza de su corazón oponía á las lágrimas maternales!

Una vez en la corte se dedicó, ménos al estudio, que á fomentar amistades con jóvenes alegres y de buena posición, desdénando el verdadero afecto de aquellos de sus condiscípulos que no podían gastar y triunfar en cafés, teatros y reuniones.

Pero esta vida es costosa, y Fernando siempre escribía á su madre pidiéndola dinero, sin informarse apenas de su salud, sin prometerla una vejez tranquila luego que él terminase su carrera.

Micaela hacía todo género de sacrificios para atender las insaciables peticiones de su hijo, que menudeaban de una manera deplorable, y últimamente se vió precisada á vender las tierras que la dejara su marido; además, el exceso del trabajo para añadir todos los meses algun extraordinario á la cantidad que enviaba á su hijo, la hizo enfermar; y careciendo de recursos, tuvo que admitir el pobre lecho que la caridad le brindaba en el hospital.

Entretanto, Fernando hacía en Madrid una vida de disipación y crápula; ya no volvió á escribir á su madre desde que ésta le anunció que nada podía mandarle por haber agotado sus recursos.

¡Qué era aquella pobre pensión para lo que Fernando gastaba en una cena!

Porque acostumbrado á no carecer de nada, se había creado recursos; jugaba, y para obviar el inconveniente de perder, hacía trampas, con las que robaba el dinero á sus contrincantes.

Frecuentando la sociedad de jóvenes de posición y de fortuna, no quería hacer mal papel entre ellos; pero como no tenía medios lícitos de procurarse dinero, después de adquirir deudas, y viéndose acosado por los acreedores, recurrió á los medios ilícitos; falsificó firmas y documentos, con los que adquiría cantidades enormes, que derrochaba en una orgía, siéndole preciso maquinar y realizar nue-

vas estafas, que iban hundiéndole más y más en el crimen.

Llegó á olvidar á su madre de todo punto, hasta el extremo de quemar sus cartas, «por no leer—decía—consejos estúpidos de quien no conocia las exigencias sociales.»

¡Pobre Micaela! Víctima del inmoderado cariño que su hijo la inspiró desde el nacer, agonizaba en un hospital, mientras aquel por quien se habia sacrificado toda su vida, solo la recordaba para avergonzarse de ella, despreciándola hasta el punto de calificar de estupidez sus sanos consejos.

Pero el término de aquella existencia no habia llegado aún; Dios reservaba á Micaela una prueba ruda y terrible: la faltaba apurar las heces del cáliz de la amargura.

Hacia ya dos años que no tenía noticias de su hijo; dos años sin recibir contestación á sus amorosas cartas. No sabia á qué atribuir tan obstinado silencio, que para ella únicamente podia encerrar una desgracia. De otro modo era imposible que su Fernando se olvidara de ella hasta aquel punto.

¡Qué mal le conocia!

La pobre madre concibió una idea: la de hacer un viaje á la corte é informarse por sí misma de lo que pasaba.

No quiso demorar ni un instante aquel plan; sus preparativos estaban hechos á cualquier hora; nada tenía, ni aún dinero; pero esto no la arredró, y una hermosa mañana emprendió el camino de la corte, pidiendo á la Santa Virgen que no la desamparase, permitiéndola llegar con felicidad y abrazar á su Fernando.

Micaela hizo aquel largo viaje á pie, pidiendo limosna, sufriendo toda clase de penalidades, pero sostenida por el inmenso cariño que su hijo la inspiraba; sus paradas eran cortas; el tiempo absolutamente preciso para tomar algun descanso: caminaba hacia la dicha y no queria demorarla.

El hambre y la sed no eran obstáculos suficientes para detener su marcha; queria imponerse á la naturaleza, y lo consiguió.

Al cabo de ocho dias de largas jornadas, entró en Madrid sofocada, calenturienta, cubierta con el polvo del camino, trémula y jadeante, pensando solo en abrazar á su hijo.

Las calles estaban llenas de gente; sin duda iba á tener lugar alguna alegre funcion.

Sin embargo, Micaela oyó hablar de una cosa horrible... de un hombre que iba á morir.

De pronto, la multitud abrió paso á un cortejo fúnebre: detrás de un piquete de

caballería, rodeado de soldados y sacerdotes, apareció un hombre montado en un macho y cubierto con una hopa negra; el sol iluminaba de lleno su pálida frente: era un reo acusado de robo y asesinato que marchaba hacia el patíbulo; las gentes le miraban con horror; la sociedad entera, separándole de su lado, le abandonaba al verdugo; entre aquella multitud no habia nadie que se hubiera atrevido á llamarse amigo del reo; abandono absoluto... si acaso, una palabra para maldecirle.

De pronto se sintió una especie de ruido feroz, y las gentes vieron á una mujer destrozada y polvorienta, que abriéndose paso á viva fuerza, se lanzó sobre el reo, y colgándose á su cuello por medio de un salto vigoroso, exclamó:

—¡Fernando!... ¡hijo mio!... ¡te veo al fin!...

Allí, donde todos abandonaban al reo por no mancharse con su contacto, donde la sociedad le escupia sobre la frente, condenándole á una muerte ignominiosa, estaba una madre estrechando entre sus brazos lo que todo el mundo despreciaba; porque el crimen más repugnante no es bastante fuerte para asustar el cariño de una madre, y esto prueba su origen divino, puesto que, como Jesucristo, perdona lo que los hombres condenan.

Fernando lanzó un grito y abrió los ojos; estaba en su lecho, iluminado por los rayos de un sol esplendente.

Habia soñado.

Pero aprovechó la lección que encerraba aquel sueño, y hoy es un hijo cariñoso, sumiso y obediente, que mantiene á su madre con el producto de su trabajo, y no se avergüenza de que aquella ostente remiendos en el vestido.

Bendigamos, pues, á nuestra madre, que es el único sér que nunca nos abandona.

PEDRO ESCAMILLA

DEUS, QUIS SIMILIS ERIT TIBI?

Desde la altura de una altiva torre
vi ayer ponerse el sol.
La línea de occidente se encendia
en vívido arrebol,
las onduladas nubes se bañaban
de rojo y de carmin,
proyectaban su sombra las montañas
del valle hasta el confin.
Medio disco del astro se escondiera
y el otro medio aún no,
lanzando sus reflejos de soslayo
sin fuerza ni calor.
Y al ocultarse al fin de todo punto,
yo creí percibir
una voz resonante que decia
desde el alto cenit:
—«El sol se pone, todo cambia ó muere,
sólo es eterno Dios;
Él rige el mundo y da la vida al hombre,
Él rige el cielo y da la luz al sol.»

MANUEL GONZALEZ ALVAREZ

INDIVINIO, EL NIÑO SAGUNTINO

(Continuacion)

—Cuando considero, amigo Alcon, á esas infelices mujeres á quienes una tan negra suerte espera el dia que el sitiador penetre en la ciudad, al verlos llevar con sus delicadas manos las piedras y los escombros conque se improvisan los muros; cuando veo los inocentes niños juguetones agitar sus rubias cabezas sobre el seno de sus madres, y pensar que el dia del asalto morirán partidos de un hachazo sobre el regazo de sus madres que pasarán á dominio de esa feroz y bestial soldadesca; cuando pienso en el robo, en el pillaje, el saqueo y el incendio en medio de un degüello general... ¡ah! amigo mio, espelúzname mi cuerpo con semejantes horrores y no puedo permanecer ni intentar algo por salvar á esta ciudad que tanto amo, y maldecir cien veces la feroz ocupacion de la guerra.

—Tienes razon, Marco; ¿y querer autorizar la matanza para vindicar su derecho?... ¡Ah, amigo Marco, envidia entónces á las fieras, por cuanto que son más humanas que estos hombres que se llaman grandes. No, no me recuerdes ese funesto dia que en sueños veo durante la noche representarse ante mi vista con espanto y terror; oigo el grito de las mujeres al huir del hierro del enemigo, ocultando á sus hijos; veo hundir el hierro en inocentes criaturas, y oigo el desgarrador alarido de la madre infeliz y el aullar del feroz africano sediento de sangre y de matanza, y... despierto sobresaltado y digo: ¿y es necesario, para que el traidor Turbaleta satisfaga su criminal pasion de robo, semejante matanza? Sí, sí, amigo Marco; corramos al campamento enemigo y veamos qué podemos recabar del feroz africano en favor de esta desgraciada ciudad, víctima del Turbaleta y del traicionero romano que la abandona á su suerte despues de venderse como aliado.

Alcon y Marco, dos jóvenes guerreros, nobles y generosos, no se avenian con el martirio de Sagunto, y aunque saguntino Alcon, é ibero Marco, no quisieron dejar á otros el papel de mediadores en una paz honrosa.

Al efecto, aquella noche salieron de la ciudad, encaminándose al campamento, y presentándose á Aníbal, le hablaron de esta manera:

—Valeroso Aníbal, ¿que más necesitas para tu gloria? ¿No te basta haber demostrado tu pericia militar con un asedio en el que conquistarás eterno renombre, y humillado el poder de la altiva Roma, haciéndola declararse impotente ante tu supremo esfuerzo, por cuanto no se atreve á luchar contigo y te abandona el campo? Cese ya, pues, tu enojo con la infeliz ciudad que, víctima de su lealtad, se defiende sin esperar nada de su traidora aliada. Cese, pues, tu enojo, y levanta el sitio conque hoy la estrechas y deja que tranquila medite la dura lección que ha sufrido en sus muros y en sus desengaños; perdónala y serás más grande perdonando las ofensas que destruyendo á una ciudad indefensa, que no tiene en sí más defecto para contigo que el ser leal en el cumplimiento de su palabra. Atráete á Sagunto, pues sabes lo que vale, y tendrás, si tal consigues, una ami-

ga que ves cómo y de qué manera defiende sus compromisos.

Aníbal escuchó silencioso las palabras de Marco. Más de una vez sus ojos se inflamaron, y también una sonrisa traicionera asomó á sus delgados labios.

— Ningun odio ni resentimiento me anima, especialmente contra Sagunto. Solo sí que ella no ha querido admitir mi sentencia en sus eternas cuestiones con los Turbaletas, envalentada con el auxilio y alianza con Roma, mi eterna rival, mi eterna y profunda enemiga. Si Sagunto no hubiera en este punto impetrado su apoyo, tal vez el escarmiento hubiera sido menos duro; pero hoy no hay transacción posible; es preciso que Sagunto sucumba para herir yo de una manera terrible al orgulloso romano, que, amparado en un terreno volcánico y rodeado de miasmas, se cree inexpugnable, y quiere desde allí dominar al mundo, y demostrarles que no impunemente se insulta á Cartago. Sagunto es la víctima expiatoria de su delito, y sucumbirá para enaltecer mi poder. Es preciso que calme la ira de Melkaste, que sañudo contempla mi debilidad para con los romanos y apaciguar al dios con el sacrificio de Sagunto.

— ¿Es decir, cruel Aníbal, que ninguna esperanza resta á mis heroicos hermanos? añadió Alcon, cruzándose de brazos y mirando de una fiera é irritada suerte al moreno y atrevido caudillo.

— Sí; siempre que acepten las condiciones que les imponga, les perdono la vida y garantizo su libertad.

— ¿Si son aceptables?...

— Cuenta, Alcon, que no sois vosotros quienes las imponeis, sino quienes las aceptais.

— Lo sé, habla; añadió Alcon lanzando un profundo suspiro.

Aníbal apoyó su altiva frente en la palma de la diestra, y estuvo meditando por unos momentos. Por fin levantó la cabeza y les dijo:

— Es necesario que Sagunto devuelva á los Turbaletas cuanto éstos han perdido en sus campañas con Sagunto. Asimismo ha de entregarme la ciudad cuanta plata y oro encierra. Los moradores abandonarán la ciudad sin armas y con solo dos vestiduras, y fundarán una nueva ciudad en el sitio que yo les señale, quedando libres, hombres, mujeres y niños. Si la ciudad acepta estas condiciones que, dado su estado, no creo que son imperiosas ni duras, levantaré el sitio y yo mismo llevaré víveres para que se reponga en su desfallecimiento.

Alcon y Marco no pronunciaron una sola palabra; las condiciones que tan poco exigentes parecían á Aníbal, les parecieron duras y humillantes.

— Yo no llevaré jamás á mi pueblo semejantes condiciones, tan odiosas como cobardes, dijo Alcon, clavando en el caudillo africano una mirada llena de rubor y de odio.

— Libre eres de llevarlas ó no; dentro de pocos días Sagunto perecerá de todos modos, y las condiciones que hoy impongo se cumplirán por la fuerza; acepte Sagunto la paz conquie hoy le brindo, y evitará de esta suerte los horrores de un asalto, el incendio y el consiguiente saqueo.

— ¿Tienes en tu mano la fuerza, cruel Aníbal? Pues, úsala; hunde á ese pueblo heroico, en quien debes mirar y admirar una fé inquebrantable en su derecho y en su confianza en aliados tan traidores como Roma, que después de ocho meses de sufrimiento y esperar su auxilio, se sostiene con un puñado de hombres contra tu poderoso ejército. Sagunto no puede aceptar tus ofrecimientos, porque entonces se deshonraría; Sagunto morirá, pero sucumbirá únicamente aplastada por la fuerza y por el hambre, pero nunca por falta de valor para rechazarte, porque te odia y detesta tu dominación. Moriremos, sí, y tu odiosa planta solo pisará nuestro suelo, convertido en escombros, cuando no quede un brazo que sostenga su arma para rechazarte, ni quede una garganta para maldecirte. Tomarás la ciudad, pero solo un montón de ruinas, en que podrás erigir tu tumba; pues morirás como mueren en este momento tus soldados, pero sin gloria; yo en nombre de esa mártir ciudad te lo predigo.

(Se continuará)

EL PENSAMIENTO

La vida es luz, y lucha y movimiento,
alegría y dolor, verdad y errores,
llanto en la risa, espinas en las flores,
la eternidad sin fin en un momento.

En ella, como el ave, el pensamiento
se despierta del día á los albores,
y cruza entre alegrías y dolores
toda la inmensidad del firmamento.

Audaz, cobarde, religioso, impío,
en nobles lides ó en acciones malas,
emplea su ilusorio poderío,
hasta que huyendo las mundanas galas
cae como el ave herida en el vacío...
que es morir para el sér... plegar las alas.

JULIO NOMBELA Y CAMPOS

LA POBRE MENDICANTE

(Dibujo de V. Becquer.)

Lámina de excelente modelo y profunda significación es la que sigue á estas líneas.

Dibujo del artista inolvidable V. Becquer, parece como que ha pretendido, consiguiéndolo al fin y al cabo, reflejar en todos sus detalles el escésivo sentimiento que embargaba su corazón y reproducía su pincel.

Todos cuantos cuadros pintara, que no fueron tan pocos ni de mérito tan escaso, significaron siempre uno de esos afectos, uno de esos detalles de la humana vida, que á todos por igual conmueven y por igual á todos interesan.

Y es, que así Becquer el pintor, como Becquer el poeta, son unos de esos seres que han nacido para expresar sus concepciones con la pluma el uno, y el pincel el otro; y tras largos afanes y continuos desvelos, huir del mundo, sin que el mundo apreciara de pública manera el poder de su inventiva, ni el desarrollo de su pensamiento cariñoso.

Ambos á dos, los hermanos Becquer quisieron y lograron adquirir en la naturalidad, que no hay nada más bello, inspiración sublime, el uno para sus bocetos y el otro para sus endechas. Ambos á dos lo consiguieron, pues no parece si-

no que sus almas se hallaban fundidas en el mismo crisol de exactitud y verdad.

El grabado á que estas líneas siguen, prueba inconcusa es de cuanto va expuesto, con la precisión con que acostumbramos á consignar nuestras opiniones.

Pobre madre gitana, pero madre al fin, sola y abandonada de todo sentimiento cariñoso que no sea el que la inspiran sus dos pequeñuelos, vá de puerta en puerta solicitando una limosna por el amor de Dios.

Viene la infeliz teniendo en sus brazos, según notareis, á su hijo menor, el haz de leña recogido en el monte á la espalda, y su vista fija en el suelo esperando la vuelta de su otro hijo, que se separara de ella para ir á pedir á la casa que encontraran en su indecisa peregrinación.

No: no somos nosotros, ni pretendemos serlo, pues que á tanto no alcanzan nuestras condiciones de idoneidad é inspiración, los encargados de encarecer á cuantos estas líneas lean, la duda y la amable esperanza que á la pobre dominan en el instante que la ha colocado su inteligente autor.

Basta, al efecto, que cuantos fijen su vista en el bellissimo cuadro cuya descripción nos ocupa, se detengan á examinar la actitud de la linda gitana, para que adivinen y se expliquen el pensamiento completo del malogrado artista.

El, que como su hermano, no menos ilustre, ha buscado y encontrado manantial inagotable de inspiración para su pincel en la madre naturaleza, dotó de dibujos como el de *La pobre mendicante* salones aristocráticos y álbums modestos, parece como que seguía la gloriosa estela de sentimiento y pasión que su hermano dejara tras el caminar de su excelente lira.

Porque, poco más bello y más dulce que reflejar con exactitud los puros contrastes de la vida, por esos caprichos de la suerte beledosa.

La pobre gitana que viene del monte, á la espalda su haz de leña, en los brazos su chiquitín y marcha sin rumbo fijo, sin pensamiento determinado, por el azar movida y por la esperanza animada á buscar el pueblo cercano, techo donde guarecerse, hogar en que cobijarse en unión de los hijos queridos de sus entrañas, sin otros amparos que los de Dios, fuerza es que pida limosna, más que por ella ciertamente, por los seres que la siguen, y aún no se hallan en el caso de apreciar la inmensa desgracia que les rodea.

Si las condiciones especiales de este periódico lo consintiesen, entraríamos en otro linaje de consideraciones relativas al pensamiento y significación del cuadro de referencia; pero con pena hemos de desistir de tal propósito, al efecto de no alterar en lo más mínimo la idea general que informa nuestra publicación.

Los infantiles lectores de LA ILUSTRACIÓN DE LOS NIÑOS comprenderán perfectamente que las ligeras consideraciones aducidas bastan para llevar á su ánimo el convencimiento de lo que significa el dolor, la pena y la angustia de *La pobre mendicante*.

GREGORIO BARRAGAN



LA POBRE MENDICANTE

En nuestro constante deseo de imprimir toda la variedad posible á LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS, reproducimos á continuación la preciosa comedia titulada *Perdonar las injurias*, original de nuestro querido amigo é ilustrado colaborador D. Ramon Losada y Rodriguez, profesor de primera enseñanza de Béjar, provincia de Salamanca.

Dicha obrita, escrita expresamente para las Veladas infantiles que se verificaron en la Escuela de niños del Palacio de aquella localidad, y representada varias noches con éxito cada vez mayor, es una fábula moral llena de brillantes pensamientos cuya lectura recomendamos eficazmente á nuestros lectores, excitándoles al propio tiempo á que la pongan en acción.

Agradecemos á su inteligente autor, Sr. Losada y Rodriguez, el ejemplar y la dedicatoria que de él hace á nuestro director y le felicitamos sinceramente por su linda producción.

En el alma sentimos que sus dimensiones, incompatibles con las de esta REVISTA, no nos consientan reproducirla en un solo número y nos vemos precisados, contra nuestro deseo, á suspender su final hasta el número próximo.

PERDONAR LAS INJURIAS

DRAMA INFANTIL EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. RAMON LOSADA Y RODRIGUEZ

PERSONAJES

Doña CLARA Directora de un colegio.
JUANA Auxiliar de idem
ADELA }
ROSA } Niñas de idem
JULIA }
Niña 1.^a
Niña 2.^a

Varias niñas del Colegio.

La escena pasa en Madrid.—Epoca actual.

A LA SEÑORA

DOÑA MAGDALENA CASTRO DE LOSADA

Permíteme, querida esposa, que escriba tu nombre en la primera página de esta obrita, insignificante y modesto ensayo literario que te dedico.

Tú me inspiraste el pensamiento de componerlo, para amenizar las VELADAS INFANTILES de tus pequeñas discípulas, y por consiguiente á nadie sino á ti debo dedicarlo.

Acéptalo, pues, como una prueba más del acendrado cariño que te profesa tu esposo

RAMON

EL POR QUÉ DE ESTA OBRITA

Ni soy poeta, ni jamás he presumido de tal, y hecha esta franca y terminante declaración, es evidente que al publicar este drama infantil, lo hago en la íntima convicción de que carece en absoluto de mérito literario.

Abrigo, no obstante, la creencia de que una obra dramática infantil, es un libro de suma utilidad para la niñez: porque, al par que moraliza é instruye, de-

leita el ánimo del niño, siendo, por consiguiente, uno de los más poderosos medios de que el educador puede echar mano, con provecho, para formar el tierno corazón de la infancia. Si el profesor de primera enseñanza destina esta clase de obras á premiar la aplicación, aprovechamiento, buena conducta, etc., de sus discípulos, les proporcionará la lectura amena y agradable, conseguirá despertar en ellos el amor á este importante ramo del saber humano y base fundamental de todos los demás, conseguirá ir formando sus corazones para el bien, si la obra es moral, y les facilitará, finalmente, una saludable y honesta distracción, puesto que el niño puede representarlas con sus amigos, ya en el hogar doméstico, ya en el colegio ó en el liceo.

Teniendo, pues, en cuenta los motivos que sucintamente dejo apuntados y excitado por algunos dignísimos compañeros, profesores de primera enseñanza, no he vacilado en publicar mi drama PERDONAR LAS INJURIAS con destino á premio para las escuelas, á cuyo fin he procurado tenga excelentes condiciones materiales, relativamente á su pequeño coste.

No me mueve la idea del lucro; solamente aspiro á proporcionar algún bien á la niñez á cuya educación dedico gustoso mi existencia. Si no puedo conseguir este mi vehemente deseo, quizá consiga animar á los verdaderos ingenios para emprender trabajos de esta índole, que reporten grandísima utilidad á esos planteles de la futura sociedad, con lo cual se verán colmadas con exceso las aspiraciones de

EL AUTOR.

ACTO ÚNICO

Patio de un colegio de niñas rodeado de árboles, cuadros de flores, etc. Varios bancos de madera esparcidos por la escena. En el fondo la fachada posterior del colegio.

ESCENA PRIMERA.

ADELA, ROSA, JULIA y demás niñas del colegio.

ROSA. Ea! niñas á jugar.

JULIA. Si, á jugar. ¿Y á qué jugamos?

NIÑA 1.^a A la gallinita ciega.

IDEM 2.^a No, á la comba.

IDEM 1.^a Eso es pesado.

ROSA. Pues á qué?

NIÑA 1.^a Al corro.

UNAS. Sí! sí!

OTRAS. Al corro.

JULIA. Vengan las manos.

(Las niñas empiezan á formar un círculo agarrándose de las manos. Rosa las ordena según indica el diálogo.)

ROSA. Tú aquí Tomasa. (A una) Tú aquí (A otra)

Aquí Josefa. (A otra.) Ya estamos.

Creo que no falta ninguna.

Ah!... sí: no habia reparado

en la hipócrita de Adela,

que finge estar estudiando.

NIÑA 1.^a Llamémosla.

JULIA. Para qué

queremos ese embarazo?

ROSA. Claro! Ni sabe jugar,

ni es tampoco de mi agrado.

NIÑA 1.^a No importa: sería una falta

no invitarla. Yo la llamo.

Adela... Adela.

ADELA. ¿Qué quieres?

NIÑA 1.^a Vente aquí á jugar un rato.

ADELA. Mucho gusto tendria en ello;

pero estoy dando un repaso

á la lección, y no puedo.

ROSA. ¡Habrás hipócrita del diablo! (Aparte.)

NIÑA 1.^a Bien, chica, sigue tu estudio.

JULIA. Dejad que rompa sus cascotes

y empecemos ya, que es tarde.

UNAS. Sí, empecemos.

OTRAS. Vamos!... Vamos!...

(Giran saltando sin deshacer el corro

al rededor de la escena y cantan el siguiente)

CORO GENERAL.

Como canta en la enramada

el canoro ruiseñor,

la niña canta en el patio

cuando deja su labor

ROSA. (Canta en medio del corro.)
Del colegio las faenas,
lo árido de la lección,
olvidemos y en el corro
saltemos con ilusión.

CORO GENERAL.

JULIA. Como canta en la enramada etc.
(Canta en medio del corro.)
Provechoso es el estudio,
utilísimo el saber,
pero, si no alterna el juego,
pernicioso podrá ser.

CORO GENERAL.

NIÑA 1.^a Como canta en la enramada etc.
(Canta en medio del corro.)
Aprovechemos las horas
que nos dan para jugar,
y animosas volveremos
en el aula á trabajar.

CORO GENERAL.

Como canta en la enramada etc.

(Antes de terminar el canto aparece la Directora por el foro y sin ser vista de las niñas las observa en silencio.)

ESCENA II

DICHAS, y DOÑA CLARA, acercándose.

CLARA. Muy buenos días, queridas...
(Cesa el juego. Las niñas se acercan y saludan á Doña Clara besándola. Adela deja de leer, coloca el libro en su cartera, que deja sobre el banco, y se acerca también)

JULIA. ¿Cómo tan tarde en el patio?
Señora, no hemos oído
las nueve.

CLARA. Pues ya dió el cuarto
y es hora de entrar en clase.
(Se oye un esquilon.)

ADELA. ¿No escuchais? Ya están llamando
Señora, ¿cómo está usted?
(Acercándose á saludarla.)

CLARA. Bien, hija mía. He notado
que tú no juegas, Adela,
y en una niña es extraño.

ADELA. Tengo que estudiar, señora.

CLARA. Pero el juego es necesario

que alterne con el estudio,

si éste ha de dar resultados.

ADELA. Yo también juego, señora,

en mi casa muchos ratos;

más cuando vengo al colegio...

CLARA. Hija, estudias demasiado:

yo quiero verte más niña.

JULIA. (Aparte á Rosa.)

¡Pues no la da poco lauro!

ROSA. (Idem á Julia.)

¡Jesús... yo tengo una ira

que si pudiera!...

CLARA. Id entrando

Con orden y compostura

que yo os sigo de contado.

(Las niñas se retiran por el foro menos Adela á quien retiene amablemente la Directora.)

ESCENA III

DOÑA CLARA y ADELA

CLARA. Adela, aguarda un momento.

ADELA. Mándeme usted, Doña Clara.

CLARA. A mi lado toma asiento

(Sentándola junto á ella)

y dime por qué el contento

no se refleja en tu cara.

La niña es siempre á tu edad

juguetera, bulliciosa,

de poca formalidad,

cual loquilla mariposa

que huye de la oscuridad.

Ya alegre salta en el prado

cogiendo campestres flores,

ora ajena de cuidado,

sin penas ni sinsabores,

juega con su amiga al lado.

Si trabaja en su labor

ó en estudiar sus lecciones,

halla deleite mayor

después en sus diversiones

y juega con más ardor.
Pero tú eres tan formal,
que reprenderte es forzoso,
pues todo exceso es un mal,
y todo extremo vicioso,
y todo vicio fatal.

ADELA. Pero, señora, por Dios...

CLARA. Nada: soy tu directora,
y pues que solas ahora
nos encontramos las dos,
hoy mismo saber anhelo
qué oculta causa, hija mía,
así roba tu alegría,
por ver si encuentro un consuelo.

ADELA. ¡Cuánto agradezco su afán
doña Clara, y sus cuidados!
Eternamente grabados
en mi pecho quedarán.
Pero su excesivo amor
y mi complexión tal vez,
habrán persuadido á usted
que soy presa del dolor.
¿Porque no juego en recreo,
ni juego en el patio ufana,
y por tarde y por mañana
ora bordo, escribo ó leo,
pudo usted imaginar
que oculto secreta pena?
¡Ah!... no, no; mi alma está llena
de una ventura sin par!
Pero usted es bondadosa,
me quiere más que merezco,
y por eso la parezco,
quizá, triste y pesadosa.

CLARA. Pues ¿por qué no juegas, di?
Ocho días que has venido,
y aunque cuidado he tenido,
nunca jugando te ví.

ADELA. Juego en casa con placer
en mi jardín cuando llego,
que es grato el recreo luego
que se ha llenado el deber.
Pero es aquí mi ilusión
estudiar sin tregua alguna,
pues no teniendo fortuna,
quiero tener instrucción.
Noche y día sin reposo
cose mi querida madre,
día y noche mi buen padre
trabaja activo y celoso.
Y si se afanan así
en incesante desvelo,
solo es con el santo anhelo
de educarme bien á mí.
Y yo imagino, señora,
que ingrata, que ingrata fuera
si en el colegio perdiera
de estudiar solo una hora.
Si por cualquier causa fútil
dejara de trabajar,
jamás podría llegar
á ser á mis padres útil.
A ellos que rien, si río;
á ellos que si lloro, lloran;
á ellos que en su Adela adoran...

CLARA. ¡no serles útil... Dios mío!
Admiro tu discreción
y tengo un vivo placer,
querida, en reconocer
que todo es aplicación.
Perdona si dura estuve,
y dame un abrazo, hermosa.
¡Plegue al cielo que dichosa
seas, cual feliz querube!
(*Enternecida, la abraza.*)

ADELA. Señora, ¿por qué esa pena?

CLARA. (A parte.)
¡Oh! ¿Por qué al verla imagino
que es ella? ¡Vil asesino!
¿qué hiciste de mi hija Elena? (*Llanto.*)

ADELA. Pero... usted llora. Perdon.
(*Con ternura*)
Mis frases la han afectado.

CLARA. ¡Un poco, sí; he recordado
á mi hija del corazón! (*Con angustia.*)
A una niña que perdí
doce años há. (*A parte.*) ¡Qué agonía!
Y al verte, mi fantasía
creyó que la hallaba en tí.

ADELA. ¡Una niña! yo ignoraba...

CLARA. Sí, querida; un ángel bello
de rubio y rizo cabello.
¡Toda á ti se asemejaba!

(*Con fuego y sentimiento.*)
Eran sus ojos los tuyos;
su pura frente, tu frente;
tu talle, tu continente.
eran, Adela, los suyos.
Y ese pelo era su pelo; (*Afan creciente.*)
esa tu boca, su boca;
por eso pienso... (*Transición.*)
¡Estoy loca!
¡Si mi Elena está en el cielo!
(*Amargo llanto.*)

ADELA. Señora... ¡Por Dios!...

CLARA. (Besándola enternecida.)
¡Adela!
¡Déjame un rato llorar
y tus mejillas besar,
que esto mi pecho consuela!
(*Breve pausa, durante la cual solo se escuchan los repetidos besos y sollozos de Doña Clara y Adela.*)

ADELA. Tranquilizaos, por piedad.
(*Ternura sin afectación.*)

CLARA. ¡Hija mía, es imposible,
(*Profunda pena.*)
que es mi desgracia terrible!
¡Sumida en negra orfandad!...

ADELA. Pero...

CLARA. Escucha. Mi aflicción,
quiero, mi Adela, contarte;
de todo puedo enterarte...

ADELA. Señora... tal distinción...

CLARA. Niña como tú, merece
esto y mucho más, querida,
y anhela el alma afligida
decirte cuánto padece.
Oye, pues. De Andalucía,
en un valle delicioso,
mi bueno y difunto esposo
una quinta poseía.
En ella la vida era
un eterno paraíso,
y más cuando el cielo quiso
que Elena al mundo viniera.
¡Elena!... ¡Así se llamaba
la niña tan sin ventura
de quien eres tú pintura!
¡El ángel que yo adoraba!
Dos meses iba á cumplir,
cuando una noche... ¡qué horror!
¡noche que daba pavor
y no acierto á describir!...
dormía Elena á mi lado,
cual querubín sonriente,
y yo me hallaba impaciente
con temor inusitado.
Bramaba imponente el mar
con sordo y fiero mugido;
del trueno el ronco estampido
se escuchaba sin cesar.
Un rumor vago noté
que no era el del mar ni el viento,
y con tembloroso acento
á mi esposo desperté.
Del dormitorio salió,
y no bien pisó el umbral,
fiero asesino, un puñal
en su pecho sepultó.
(*Mucho sentimiento.*)
«¡Socorro!...» á voces pedí;
pero tres enmascarados
me acometieron airados,
y... desmayada caí.
Cuando recobré el sentido...
¡ay... mi esposo no existía,
y hallé la cuna vacía
de Elena sagrado nido!
(*Breve pausa producida por el llanto.*)

ADELA. ¡Qué horror!

CLARA. Servidores fieles
por todas partes salieron,
valle y monte recorrieron
reventando los corceles.
¡Todo en vano!... no encontraron
ni á Elena ni á los bandidos,
y en el misterio sumidos
tales crímenes quedaron.
Ni un indicio, ni sospecha,
jamás la justicia ha hallado
en doce años que han pasado
desde tan aciaga fecha.
¡Doce años!... ¡Ay... cuánto duelo!
¡Qué amarga y profunda pena!...
¡Con mi esposo y con mi Elena,

Dios mío, llevadme al cielo! (*Llanto.*)

ADELA. ¿Y si no ha muerto?... Confianza,
quizá Elena vivirá.

CLARA. ¡Querida, he perdido ya
por completo la esperanza!

ADELA. Pero... (*Ruido de pasos.*)

CLARA. (*Escuchando.*) Silencio, alguien viene.

ADELA. ¿Me retiro?

CLARA. (Besándola.) Adios, hermosa.
(*Vase Adela.*)
¡Qué bella, qué candorosa
y qué alma tan pura tiene!
(*A parte, viéndola irse.*)

ESCENA IV

Doña Clara

CLARA. ¿Por qué mi corazón late gozoso
cuando miro esa niña, cual si fuera
aquella que perdí, pura, hechicera,
la noche infausta que murió mi esposo?
¿Por qué en mi mente, sin cesar, se fija
la idea de que á Elena al fin he hallado?
¿Y por qué, con acento inusitado,
me grita aquí una voz: «esa es tu hija?»

ESCENA V

Doña Clara y Juana

JUANA. Señora...

CLARA. ¿Usted por aquí?

JUANA. ¿Cómo la clase ha dejado?

CLARA. Hablar con usted, señora,
he creído necesario.

JUANA. ¿Pues qué ocurre?

CLARA. Un lance serio
de presenciar ahora acabo,
y sin contar con usted
yo no me atrevo á arreglarlo.

JUANA. ¿Un lance? Estoy impaciente.
Pronto, Juana, ¿qué ha pasado?

JUANA. Llegó don Andrés Peralta
cuando estábamos formando,
con su sobrinita Concha,
la hija del capitán Blasco.
Dijo quería saber
de Concha los adelantos,
y le rogué se esperase
que usted volviera del patio.
Cuando de pronto, Conchita,
á gritos desahogados
comienza á decir: «¡Ay, tío,
yo no encuentro tu regalo!»
«¿Qué es eso?» la interrumpí.
«Que del cabá me han robado
un estuche de labor,
el que yo estimaba tanto...»
«¿Cómo es eso? contesté,
lo nabrá usted perdido acaso,
ó quizá por distracción
lo habrá puesto en otro banco.»
Miramos por todas partes,
mas fué nuestro empeño vano.
Al ver esto don Andrés,
armó en clase un fuerte escándalo,
y puso á todas las niñas
el tal señor, como un trapo.
Yo no sabía qué hacer
en aquel trance tan raro,
porque, la verdad, señora,
ignoro cómo ni cuándo...

CLARA. Pero, ¿qué regalo es ese?

JUANA. Un estuchito dorado
de labor, que ayer, ufana,
Concha á todas fué enseñando.

CLARA. ¿Un estuche?... y en resumen...

JUANA. Siguió el tío hecho un venablo,
y allí apostrofó á las niñas
con descorteses vocablos.
Conchita siguió en sus gritos;
las demás, viendo tan claro
que de ellas se sospechaba,
estaban todas temblando.
Peralta tomó el silencio
tal vez por culpa; dió un paso
y dijo iba á registrar
á todas como á soldados.
¿Y usted toleró?...
¡Señora!...

JUANA. Yo no pude tolerarlo,
y abiertamente me opuse
á abuso tan extremado.

CLARA. Bien hecho. ¡Vaya un conflicto!

JUANA. En efecto, poco grato.
CLARA. ¿Y qué haremos?
JUANA. Es forzoso...
CLARA. ¡Oh! Juana... sí, es necesario que el honor de este colegio se vindique pronto. Vamos.
JUANA. Cuando usted guste; mas pienso que si alguna niña acaso...
CLARA. ¿Alguna niña?... No, Juana. Espero que no. Y aún dado que así fuese, solo ella culpable será, y en salvo quedaría nuestra honra.
JUANA. Dice usted bien.
CLARA. Pues corramos, que este es un asunto serio; dilacion no admite el caso. (Vánse precipitadamente. Queda la escena sola por un momento.)

ESCENA VI

ROSA y JULIA

(Aparecen Rosa y Julia por el foro. hablan en voz baja y observan la escena con interés y sobresalto. Cuando se convencen de que nadie las ve, avanza Rosa con precipitación y recelo hasta el banco donde Adela dejó su cartera en la escena segunda, saca un pequeño estuche que lleva escondido y lo coloca rápidamente en la cartera, yendo en seguida á reunirse con Julia, que habrá quedado observando en el foro. Esta escena debe ser muy rápida é intencionada.)

ESCENA VII

ADELA, que aparece por el foro izquierda

ADELA. ¡Oh... qué alboroto, qué escena!... ¡Temblando estoy, Virgen santa! ¡El ver á ese hombre me espanta y no puedo estar serena! Luego... se ha fijado en mí con una insistencia tal... ¿Si me habrá juzgado mal?... ¿Si pensará que yo fui?... Tal vez: pues corriendo voy, que quiero ser registrada. Por aquí dejó olvidada mi cartera, porque estoy... (Buscando.) Estoy tonta y aturdida con esa escena tan rara, y con lo que doña Clara me refirió de su vida. ¡Pobre señora! Creyó que quizá yo su hija fuera. ¿Podría ser?... ¡Vana quimera! ¿No tengo mis padres yo? Pero aquí está mi cartera. (Encontrándola.) Voy al punto á presentarla y ojalá que registrarla mi amiguita Concha quiera. (Da un paso en ademan de retirarse, pero se detiene asombrada al observar un bulto extraño dentro de su cartera.) ¿Qué bulto es este que imita?... ¡Solo mis libros tenía... (Registrando azorada la cartera.) y ahora encuentro... ¡Madre mía! ¡El estuche de Conchita! Excesivo espanto. Cae de sus manos la cartera y queda como petrificada mirando el estuche. Rosa y Julia aparecen por el foro sorprendiendo á Adela en dicha actitud.)

ESCENA VIII

ADELA, ROSA y JULIA.

ADELA. ¡Qué horror!.. Siento pasos... ¡Oh! ¡Me tomarán por ladrona! (Aterrada viendo á Rosa y Julia que aparecen por el foro izquierda.)
ROSA. Allí está la hipocritona. (A Julia en el foro.)
JULIA. Sin duda el estuche halló. (A Rosa id.)
ROSA. Pues entrémosla á la carga, venguémonos de una vez. (A Julia id.)

Buenos días.
(A Adela con ironía, acercándose.)

JULIA. ¿Qué hace usted?
(Con malicia.)
ROSA. ¿Por qué de clase se larga? (Id.)
ADELA. ¿Yo?
ROSA. ¿Qué miro?
(Reparando en el estuche que Adela conserva en la mano.)
JULIA. ¡Cielo santo!
(Afectando sorpresa é indignación.)
ROSA. Ya pareció la ratona.
JULIA. ¡Oh! qué infame! ¿Quién creyera?
ADELA. ¡Por Dios!.. ¡Yo muero de espanto!
ROSA. ¡Qué gracia! Sabes fingir.
(Con malicia.)
ADELA. Pero si yo...

JULIA. ¿Qué?
ADELA. No he sido...
ROSA. ¡Já, já! Sin duda has creído...
ADELA. ¡Cielos!
ROSA. ¡Bah! Me haces reír.
(Risa irónica.)
Y... no sé cómo me río.
El lance es serio, es horrible.
¡Si me parece imposible tanta maldad!

ADELA. ¡Oh... Dios mío!
JULIA. Mira, mira qué lamentos. (A Rosa.)
ROSA. Basta de zalameria.
(Afectando indignación.)
Antes que se acabe el día, dentro de breves momentos, vendrá por tí la justicia.
¿Lo entiendes? hipocritona, y en la cárcel por ladrona has de purgar tu malicia.
ADELA. ¡En la cárcel! ¡Cielos!
(Crece su espanto, deja caer el estuche y sin fuerzas se reclina sobre un banco.)

ROSA. Sí.
En la cárcel, sí señora, que no te servirá ahora el decir: «Si yo no fui.» Esa es la prueba.
(Señalando el estuche.) Nosotras, tu crimen delataremos la máscara arrancaremos que te encubre ante las otras.
JULIA. No la hagas más padecer. Me remuerde la conciencia.
(Aparte á Rosa compadeciéndose.)
ADELA. ¡Dios mío, dadme paciencia!
ROSA. No me puedo contener.
(Fingiéndole furor.)
Aun de inocente las hecha y finge... es mucho descaro. Ya lo pagarás bien caro en una prision estrecha.
ADELA. No: yo no soy criminal. Soy inocente.

ROSA. ¿Pues qué el robar no es crimen, he? Y lo dice tan formal! No hay quien en calma te escuche, hipócrita rateruela. ¿Por qué saliste de escuela? Para esconder el estuche. Y para entrar la primera tan modesta y presurosa, (Con ironía.) echándolas de virtuosa á presentar tu cartera ¿Puede darse acción más vil? Por tu causa rebajadas fuimos todas, y humilladas oímos insultos mil.
JULIA. ¡Por Dios Rosa! Basta ya. ¿No te has vengado bastante? (Aparte á Rosa.)
ROSA. De no seguir adelante, (Aparte á Julia.) todo se descubrirá y entónces... Ven acá, ven (Asiendo á Adela por un brazo.) adentro conmigo ahora, pues quiero que la señora sepa en seguida el belén. (Rosa hace esfuerzos para llevarse á Adela. Julia ha cambiado su actitud del principio por una viva compasión.)
Pero hacia aquí viene ella.

(Viendo á doña Clara.)

Me alegro.

ADELA. ¡Oh, Dios! qué vergüenza.

ESCENA IX

DICHAS y DOÑA CLARA por el foro.

CLARA. No hay quien á ese hombre convenza. Nada en su pecho hace mella. (Hablando consigo misma.)
Pero, niñas... ¿Por qué aquí?... (Reparando en ellas.)
ROSA. ¡Señora, mirad!
(Enseñándole el estuche.)
CLARA. ¡Qué veo!
¡Este es el estuche, creo, de Conchita!
ROSA. El mismo, sí.
CLARA. Pero... ¿quién aquí ha podido?...
ROSA. Eso... que lo diga Adela. (Con mucha intención.)
ADELA. ¡Oh!.. la sangre se me huela! (Ap.)
CLARA. ¿Qué escucho? ¿Habrás cometido (A Adela.) ese crimen? ¡Cielo santo! Ella ha sido, Doña Clara.
ADELA. No, no. (Con energía.)
ROSA. Lo dice tu cara.
CLARA. ¿Por qué te disculpas tanto? ¡Oh! no es posible, no, no. Ella... tan pura, tan buena? (Aparte.) ¿Qué contestas? (A Adela.)
ADELA. Me condena la apariencia: pero yo, señora... soy inocente; en mi cartera lo hallé... el cómo, yo no lo sé.
ROSA. ¡Miente, Doña Clara, mientel
JULIA. ¡Cuál se sabe disculpar! ¡Oh!... me admira audacia tanta.
ROSA. Mirad: parece una santa. (Burlándose.)
CLARA. ¡Ea! Basta ya de insultar. Si ella ha sido ó es culpable (Con autoridad.)
debeis tener compasion: esta es vuestra obligacion y herirla es vituperable.
ROSA. Reparad que nuestro honor por ella quedó ultrajado y que así justificado se encuentra nuestro furor.
CLARA. Aun ignoras si ella fué la autora de este delito. Sola hablarla necesito y yo la verdad sabré. Salid, pues, y que este asunto quede en silencio sumido, hasta saber quién ha sido. Si os llamo, venid al punto.
ROSA. Pues... con permiso. (Contrariada y en ademan de retirarse.)
CLARA. Id con Dios.
JULIA. ¡Oh... si llegase á inquirir! (A Rosa al retirarse.)
ROSA. Nada puede descubrir (A Julia id.) si nos callamos las dos. (Vánse Rosa y Julia.)

ESCENA X

DOÑA CLARA y ADELA

(Adela sigue anonadada é impasible hasta que otra cosa exija el diálogo.)
CLARA. Suspensa estoy y aturdida, Adela, al ver lo que pasa. Contesta, pues, por tu vida, que el corazon me traspasa el verte tan abatida. Contesta, si; pruébame en seguida tu inocencia; dime, dime cómo fué la fatal coincidencia que te culpa.
ADELA. ¡Yo... no sé!
CLARA. ¿Que no sabes, dices? ¡Oh! ¡Cielos! ¿serás la culpable?... Pero no es posible, no. Dame una prueba palpable, quiero convencerme yo.

(Se continuará)

R. Velasco, impresor, Rubio, 20